



Maga.

706364

Evocando a Salvador Reyes

Por Andrés Sabella

Esto no es un discurso porque Salvador Reyes nunca las tomó. Es una aproximación al hombre, primero, y, luego, al escritor.

Salvador Reyes vivió para la salud humana y para la voluntad creadora. Su impulso no era el de los videntes era el impulso poderoso de los "hombres de acción", esos que tanto mancada se causaron, cada uno a su modo, el glorioso mundo de "Rosa", nuestro Nibao Cordero de las veinte años y de la vida entera. Sabía Salvador Reyes que quería morir, como él, de un proceso de aventura, no tenía ni tiempo ni cara para dedicarse a golpes: en las puertas metafísicas. Existencia desde su fondo que lo vida es una y fue en esta vida donde se debe madurar para el siempre de los demás hombres. Vivió un vértigo de sueños extraordinarios, con el corazón girando y enroscado por todas las tentaciones de la insubstancia y de la ilusión. Precediendo de miradas atagónicas, Reyes sacó los decretos y la esperanza, lo que no logró en frutos materiales el albedío le consiguió en frutos de ilusión el ciclo soñador y amador. Lo que le quedó por vigar al albedío en tierras neclinas vino a cambiarse al mito por el mundo. Los mundos. Salvador Reyes fue, así, finalmente, el salvador de todos. Los salvajes de tierra adentro de sus mayores. Por esta razón de año le sobrevivieron para agitar acciones, la soberanía buelta para cruzarla, lo sobrevivió sólo para los esteros del vagabundo.

"Dentro de mí hay un virgo
lazo de mar
el buen piloto de un bergantín
seguro..."

—¿Acaso el del divino
Tristán Corbiere?
—Acaso..."

En estos primeros versos de su primer libro, aquel "Barro Barro" rimaban como en la quietud de nuestros poemas, proyectándose al mar, obligados a salir sobre sus brazos y a probar el agua salada, a mediar en imposibles y en quimeras, quedó ya, en decisivo trazo, nuestra hermananza: la estructura del mar. Las distancias terrestres de sus antepasados se transformaron en lejanías oceánicas, en pasos por puertas de verdad y de mentira, correlacionados por el llamado del mar nuevo sustituido; del mar que lo visitó de agua y lo condujo, de ola en ola, por su pulso de padre.

"En el puerto
una canción tendió las alas...
Mar..."

Apenas tocado por el mar, reconocemos un nombre en el fervor del poeta: Tristán Corbiere, el Nuevo Tristán de "Los amores Amarillos", tan su primera por su desapego a los consensos oficiales y tan su inspirador de adolescencia por su garbo de joven madador contra todas las corrientes. En adelante, nada ignorará que tras de Salvador Reyes navegó el baluarte de Corbiere y en su tripulación se confundían los cabellos verdes del bruto con la majestad de Saint Pol Roux, el magnífico. Más tarde ocuparía en corrientes Corbiere, Mervile, Mar Orlean, London, Cordero, contrayéndolo, hasta la médula, con la fiebre de los grandes cruceros.

"Yo siempre estoy de viaje".
En mi silencio
canta la pena de las partidas sin retorno
en mi mano leer conserva
la misma flecha con que ayer cazaba
la luna del otro hemisferio".

De esta poderosa Salvador Reyes: de fiebre no registrada por la ciencia pero sí por la poesía. La fiebre de las inquietudes por robar las arenas del mar para desarrollar de sus brutas y lentas, porque.

"sólo el mar encierra la palabra eterna
que consuela".

Si Salvador Reyes, al abordo, se conectó con la tierra de sus corrientes, miradas, Salvador Reyes, el niño, creció en las olas frías del mar marino. De ahí brotaron de espaldas y libertades sacó Salvador su destino espiritual, su amor por las cosas en las que el hombre vive en fuego, su desprecio por los dogmas y su gratificante pasión por cuanto podía confirmarse el hombre en posesión de su propio reino. Esta condición del sin costuras lo volvió a las hermanadas fraternales de la Hermandad de la Costa, porque descubrió que en ella se ofrecía el culto del Mar y la Libertad. Mar y Libertad eran precisamente los pasos de equilibrio de su alma.

"Somos los Hermanos de la Costa,
hijos del mar antiguo. Nosotros corrimos,
entre tempestades y balizas, con nuestros barcos a la bolina y el cochete entre los dientes, abrimos de libertad, de tragedia,
de muerte y de vida".

Cuando Mariano Latorre trataba sobre su caballo de tinta y los "trillados" escribían su gloria con el vuelo y el revuelo de los lazos, Salvador contempló a verter mar en nuestros libros. Si un golpe reverbera, a lo lejos, más lejos, también, reverbera el trazo de las olas.

En el imaginismo que llega, en el impulso a declarar las antiguaderías de las letras.

Y al confirmarse, porque, sin baliza, conjetal que la palabra se tirara entre escritores. Salvador mantuvo, sin concesiones, esta idea: no era tarea de ninguna corriente literaria. El imaginismo representaba, solamente, una cómoda palabra pedagógica puesta sobre una nueva voluntad creadora en las chécor.

"Los críticos, con la palabra "imaginismo", quieren señalar lo que a ellos se les antoja absolutamente inventado e irrelevante en la vida. Como si la calidad de la vida pudiera ser la misma en la novela que en la realidad y como si la realidad no fuera capaz de inventar".

La dotación de esta nueva voluntad la formaron Reyes, Luis Enrique Dillenc, Hernán del Solar, y un poco después, Jacobo Dumas. Inventando, como estandarte, la voz bohemia de don Augusto D'Halmar. D'Halmar era el Albranco de Roque Fariñas, que en el buque del Arte. Los que nos comemoramos del mar y de la literatura, hasta 1971, reconocimos que D'Halmar era nuestra primera seriedad, por deber derecho de Mar y de Gran Literatura. El con consueño a escribir con las palabras hercúlicas, de torpeza y de elegancia; el con consueño la sugerencia del Dillenc, arrojando fuera del camino la

escritura ciega a tierra. Para Dillenc, la escritura literaria debía caer a tierra, a mar y a suprema aventura. Fueron estas escrituras las que espantaron jueces y los cambiaron por marineros y errabundos. En las letras patitas hubo, entonces, potrería, de un lado, y manías, del otro.

De una de estas manías nació Salvador Reyes, una tarde de 1936, a los vientos profundos. Los sueños se desbarataron en bella realidad y el poeta, el cuentista, el novelista, el cronista, entusiasta, consiguieron el alto magister de sus libros. Los escritores adriáticos desde Chile estrecharon su mano. Las ediciones chilenas en el mundo fueron vendidas. De donde pasó por paso Reyes se tornó nacional y porque era Ciudadano del Mar no hubo tierra que se le negara.

Salvador viajaba con un secreto equipaje. Era Antofagasta, donde lo volvió la tragedia, jamás lo cambió por otra ciudad del mundo. Por él lealtad, qué hondamente surcan estas condiciones surcos de madurez:

"Antofagasta, puerto mío, cada vez que llega a ti me parece que puede llevar hasta mis labios, resaca por los años, unas gotas del agua fresca de la niñez y de la adolescencia".

Suzanne, su noble compañera, los anota en su carta del 23 como si estuviera ante el diálogo natural y cotidiano entre ellos: "Me hablaba de Antofagasta, del puerto frente al mar". Era el hijo agradecido que insiste en proclamar que no lucha por los como los de su madre. Antofagasta le avanzaba con honestidad y con dignidad. Antofagasta le enseñó su alma "indiente, ruda y descomulgada", marcándolo a Norte hasta las rotinas. Y no es sólo un decir: Salvador pidió que después de su muerte, sus cenizas se esparcieran sobre el Mar de Antofagasta. Aquí, pues, lo recordamos, espíritu puro, espíritu vivo, y en cada cábello del mar le miramos, hasta que nosotros bajemos a cumplir nuestro deber, como lo decretó el amigo Corbiere:

"Dejadlos en los ámbitos en donde sólo vibra la muerte de los hombres desnudos y cobreros, sin fátiga, sin cirios... (Izomandiles de tierra, dejad que siempre bajen, pobres advenedizos)".

La primera mañana de nuestra amistad, en tacer fraternal, vagamos por los muelles. Era una ciudad maldita antofagastina, esta es, solar, vital. Aún era el Hotel "Mury" y aún era posible refugiarse en La Isla al tiempo de "La Casa de los Polacos". Todo lo recordamos, olivado la hora y la del Sol, rememorados por los hombres, por el río, lo que hace, dolorosamente repetimos:

—Cuando don mar, lo tanto, murmuraba, entonces, cuando nuestro puerto y así, me echaba al mar.

Los muelles de 1947 permanecieron, nuestro cariño por el hermano chileno en la alta de la tierra; finalmente, él no vivió en medio de nosotros, siguió en este Club de Viento, que lo era, muy querido. Señalamos que esto no era un discurso. Ahora aludimos a la memoria de un hombre humano de ese hombre hercúlico, vivo y querido, al mar.

Evocando a Salvador Reyes [artículo] Andrés Sabella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sabella, Andrés, 1912-1989

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Evocando a Salvador Reyes [artículo] Andrés Sabella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile